

XIV

DE LA DIFICULTAD DE PASAR DESAPERCIBIDO
EN ESTE MUNDO

UN chiribitil alumbrado por una resina humosa; algunas prendas de ropas y redes colgadas en un rincón; una mesa en donde se veían los restos de una cena frugal, una botella de alcohol, dos vasos, y mis dos huéspedes, dos figuras que hubieran hecho feliz a Zuloaga; infernales cabezas, curtidas por los años y las más corrosivas pasiones, esto fué lo primero que se ofreció a mi vista.

Cuatro ojos ardientes me observaban menos hostiles que curiosos.

Me habían hecho sentar con bastante rudeza en un cofre, ofreciéndome a continuación compartir las delicias de la botella.

Estaba tan contento de mí y de lo que me ocurría, que aunque cueste trabajo creerlo no rehusé el abrasador cordial. ¿Quién vendría a buscar en aquel antro diabólico, entre aquellos dos miserables, al delicado Herbert de Renich? ¿Quién? No tenía más que vencer la instintiva repulsión de una naturaleza demasiado mimada desde la infancia por la civilización para que ésta, en aquel entonces tan madrastra para mí, me ignorara en adelante. ¡Y comencé por beber ron en un grasiento vaso!

Envidiaba los estragos de todas clases que habían desfigurado al señor José y a la señora Angustias (tales eran los nombres de mis dos huéspedes, nombres que me revelaron con sensible orgullo). Lo que sobre todo codiciaba eran sus sórdidos vestidos, y no les oculté mi deseo de encontrar lo antes posible otros parecidos o iguales. Mis deseos a este respecto fueron satisfechos mucho antes de lo que esperaba. Registrando el cofre en donde me hicieron sentar, hallaron todo lo que podía hacerme falta y bien pronto me vi vestido de andrajos, como también cubierto de miseria y tiránicos parásitos, a los que procuré acomodarme la antes posible.

Todo aquello se me aparecía como la condición indispensable a mi liberación, estimando que no era pagarla muy alta con una quemadura en el estómago y algunas picaduras...

Mi felicidad fué completa cuando supe por boca de *don* José que a partir de aquel momento me llamaría Benito, que me cabía el honor de ser uno de sus muchos primos hermanos recién llegados de Oviedo para asuntos de familia y que mi oficio u ocupación sería en adelante mendigar a la puerta *mayor* de la catedral, con un letrado pendiente de mi cuello, en el que les sería fácil a todos los que supieran leer informarse respecto a mis achaques. ¡En una palabra, me hicieron *sordo-mudo*!

Ante esta última revelación, que desvanecía todo temor de confundirme con un extranjero, sea porque no entendiera el idioma, sea porque mi acento dejara mucho que desear, no pude contener un grito de júbilo y gratitud hacia el cielo, que me colmaba de pronto de todos sus favores.

Después de desear las buenas noches a mis huéspedes, me tendí en mi camastro, en el que dormí diez y ocho horas seguidas con una tranquilidad que no conocía desde hacía mucho tiempo, y de la que ya no he vuelto a gozar.

Al despertarme, en la mañana del siguiente día, hallé in-

clinados sobre mí los simpáticos rostros de don José y la señora Angustias.

Hicieron mil elogios sobre la honradez de mi conciencia (pues tan sólo un hombre honrado podía dormir tanto y con tanta tranquilidad); tuve que devorar, para complacerles, una sopa de pescado, la que con sinceridad debo declarar que hallé deliciosa. A continuación me mostró don José el letrero que él mismo había escrito, y en el que se leía con enormes mayúsculas estas palabras salvadoras: *Sordo-mudo* (1).

Me lo colgué inmediatamente del cuello, no queriendo reaparecer ante el mundo, esto es, mostrarme en el umbral de la cabaña de los pobres pescadores, sin aquel protector cartel.

Hacia un tiempo de perros; una cortina de lluvia unía mar y cielo; las aguas descendían a lo largo del acantilado con fuerza irresistible, removiendo un fango viscoso. Hubiérase dicho que el mundo habíase cambiado en barro... ¡Pues bien! ¿queréis creerlo?, aquel día se me apareció más hermoso que si hubiera amanecido con la más bella de las auroras, infinitamente más espléndido que la mañana en la que sobre la costa de una de las islas fatales (las Cies), habiendo escapado de la cárcel del *Vengador*, caí de rodillas para darle las gracias a Dios...

¡Sí, sí, digo la verdad. ¿Y cómo podía ser de otro modo? Aquel día (el día que pendía de mi cuello el cartel), no solamente me había librado del *Vengador*, sino también de su capitán y del almirante von Treischke... y de todas las molestias, grandes y pequeñas, terribles o ridículas que desde los cuatro puntos cardinales caían sobre la cabeza de un pobre y honrado hombre, cuya sola falta era—si aquello podía considerarse como tal—el querer permanecer neutral en la gran batalla del mundo, sin dejar por ello, sin embargo, de intentar salvar a la inocencia, cuando lle-

(1) En español en el original.

gaba ocasión y cuando se lo dictaba su conciencia, pero sin inclinarse por ello, dentro de lo posible, por bando alguno.

Bajo aquella bienhechora ducha de celeste lluvia, me encaminé con don José hacia Santander, adonde llegamos calados hasta los huesos, penetrando por la calle de Burgos, llegando a la plaza del Peso, en la que nos guarecimos bajo una arcada.

Creyendo observar que los que bajo aquella arcada pasaban no prestaban más atención que la justa, no vacilé en tender mi mano y pedir limosna, con una especie de incomprendible gruñido, como es de rigor entre los sordomudos. Inmediatamente me dió don José un rudo golpe con el codo, que casi me cortó la respiración, y cuando se hubieron alejado las gentes, sin haberme dado nada, por otra parte, me trató con el mayor rigor, haciéndome una inverosímil cantidad de reproches.

Comenzó diciendo que le deshonraba, y que si su familia llegaba a enterarse de que daba hospitalidad a un impío que tendía su mano bajo las arcadas de la ciudad, con seguridad que renegarían de él... Me aconsejó que no dijera nada a la señora Angustias de aquello, si seguía queriendo tener buena acogida en la casa. Finalmente, después de muchas otras razones del mismo peso, de las que, por otra parte, no comprendía ni jota, y que dirigidas en voz alta a un sordo-mudo no dejaron de sorprender a algunos pasantes, me dijo que le siguiera, con tan despectiva altivez, que me llenó de admiración por él y de confusión por mí.

Al poco rato llegamos a la parte vieja de la ciudad, ante la catedral, que es un edificio gótico de tres naves, que data del siglo XIII. Así la clasifiqué en seguida, por hábito de viajero que ha aprendido en las guías a interesarse por las iglesias y por las épocas en que fueron construidas. Mi mérito era mayor en aquellas circunstancias, por cuanto el exterior del monumento, un poco pesado en líneas, ha sido

desfigurado por las sucesivas restauraciones. Quise hacer alarde de mi ciencia ante don José; pero éste, mirándome con severidad, me señaló mi cartel, y desde entonces, vuelto a mi nueva condición, tuve buen cuidado en sellar mis labios.

La torre de la catedral se elevaba sobre una sala abierta de bóveda ojival. Allí me condujo don José, presentándome una sociedad de mendigos, compuesta de hombres y mujeres, los que, después de algunas palabras pronunciadas por él, me hicieron una excelente acogida.

Uno de los mendigos, llamado Ramón, por el que todos parecían tener el mayor respeto, se dignó tomarme bajo su protección, colocándome a su lado, casi hundiéndome en un nicho al que faltaba su santo de piedra.

Don José me estrechó la mano, y se despidió, deseándome buena suerte.

Don Ramón me entregó una escudilla de estaño, en la que tuvo la bondad de depositar algunas monedas, a guisa de cebo, anunciándome que la mañana prometía ser provechosa, pues contábamos con un entierro de primera clase y con un casamiento de importancia.

En aquel momento pasaron algunos fieles, elevándose un concierto de súplicas, a las que mezclé mi gruñido.

Don Ramón (doy el *don* a todos estos españoles, que, más pobres que Job, no dejaban por ello de imponerse con sus modales de la más alta nobleza); don Ramón, repito, miraba cómo yo operaba, y cuando estuvimos solos, esto es, entre los mendigos, me dirigió algunas observaciones que hicieron reír a los colegas. Según parecía, yo mendigaba cerrando los ojos, como si estuviese ciego, cuando mi cartel sólo decía: «Sordo-mudo». ¿No era aquél bastante achaque para un hombre? Era necesario—me dijo—dejar algo para los demás...

Al hablar así, defendía sus intereses, pues don Ramón pasaba por ciego, no siéndolo en realidad, cosa que lamentaba en extremo. Decía con frecuencia que era un conti-

no suplicio el mendigar en calidad de ciego, no siéndolo. Por mucho que uno se vigilase—decía—había momentos en que se exponía a traicionarse en público, lo que podía significar la ruina de toda una vida... Pero ya que el cielo no había querido concederte la gracia de hacerle nacer con algún achaque natural, podía, sin embargo, agradecerle el haberle dotado de un ingenio que le había permitido, desde hacía ya medio siglo—con sólo entornar los párpados y golpear el suelo con un bastón—, el alimentarse, educarse, casarse, educar a sus hijos, colocarles ventajosamente y guardar algunos recursos para su vejez.

Un murmullo de admiración acogió aquel discurso, y un infeliz lisiado, casi un niño, que se hallaba a dos pasos de mí, aplaudió con toda la fuerza de los patines que le ayudaban a andar. Llamábase Potaje; y una vieja con muletas le exhortó a que aprovechase la ejemplar vida de don Ramón, que era tan ordenado en todas sus cosas, que había merecido ser el más rico de toda la cofradía. «No ha sido con la ayuda de la lotería como ha conseguido conquistarse un puesto honorable en la sociedad»—concluyó la vieja, no osando contradecirla ninguno de los que a su alrededor estaban, con una venda en los ojos o con el brazo en cabestrillo.

El entierro de primera clase me valió dos pesetas, y la boda sólo dos reales.

A pesar de todo, estaba satisfecho de la mañana, y don Ramón me felicitó. Después de efectuada la boda, y aunque me pareció que la hora de la comida se aproximaba, permanecimos allí, murmurando de los invitados a la boda, que eran todos gente de posición, y a los que conocían los mendigos por sus nombres de pila, y de los que sabían gran cantidad de anécdotas edificantes. Cada uno de aquellos señores era juzgado según su modo de ser y sus hábitos caritativos, y esto era muy lógico. Los pobres, por las limosnas que reciben, o por las que se le niegan, saben mejor que nadie las cualidades o defectos de sus contem-

poráneos, pudiendo, mejor que los demás, prever el sitio que ocupara en el paraíso tal dama de calidad o tal orgulloso magnate.

Por fin, comenzó el desfile de mendigos, dándose cita para el oficio del siguiente día, y don Ramón me llevó consigo para hacerme admirar las bellezas interiores del edificio. Cuando me hizo visitar la cripta (del Cristo de abajo) (1), descifrar la inscripción árabe de la pila bautismal, y decirme, ante el altar mayor, que éste encerraba los huesos de los mártires Emeterio y Celedonio, me hizo saber que le debía dos reales *por aquel día*, importe del alquiler de la escudilla y del sitio que había ocupado en el nicho del santo.

Le contesté que en lo que a la escudilla respectaba prefería comprársela, pero me replicó que no estaba en venta, y que si quería conservar el mismo sitio para mendigar, debía alquilarle la escudilla. Me explicó que aquel sitio le pertenecía, junto con otros dos situados en el soportal mayor (2), y que las reglas de la cofradía no permitían a nadie el ocuparlos sin contar con él, ya que los había adquirido a costa de muchos servicios de dinero y otra clase, prestados a mendigos jugadores y borrachos, cuyos vicios habían acabado con ellos, sin poder conseguir pagarle lo que le debían.

Me puso de relieve el honor que significaba el mendigar en los soportales de la catedral, y que aquel honor había sido pretendido por personajes bastante más encopetados que yo, sin que pudieran obtenerlo. Yo debía—decía Ramón—mi buena fortuna a la recomendación de su amigo José y a la alta protección de Ramón.

En resumen, comprendí que si éste me retiraba su protección, era hombre al agua; esto es, que no tendría más

(1) En español en el original.

(2) En español en el original.

remedio que ir a mendigar bajo las arcadas de la ciudad vieja.

Aquello tenía su precio, y no cometí la estupidez de sorprenderme por más tiempo, siendo inmediatamente recompensada la rapidez con que accedí a las pretensiones de don Ramón. Cuando le prometí que le daría la cuarta parte de mi diaria recaudación, su lenguaje fué de miel, dejándome entrever una vida de delicias.

Aquel hombre era avaro, pero justo y no mentía.

Durante ocho días no lamenté el haberme abandonado a él, pues pasé, bajo su protección, una semana de felicidad completa.

No quiso que volviese a casa del primo José y su mujer Angustias, los que, según decía, me vaciarían los bolsillos, y me llevó a su casa, en la que fui alojado entre dos maletas, con bastante comodidad. Disponía de un colchón bastante limpio y de mantas casi nuevas.

El granero que ocupaba don Ramón había sido aseado por él, encalando las paredes, y disponía de magníficas vistas sobre el muelle Calderón y sobre el mar, desde los tragaluces.

Los dos pisos situados bajo nuestro granero hormigueaban de pobres, a los que don Ramón facilitaba albergue, pues había alquilado casi por nada aquellos dos pisos, produciéndole al año buenas sumas.

De tiempo en tiempo llamaban a nuestra puerta y con la mayor frecuencia teníamos que zanjar diferencias surgidas entre los súbditos de don Ramón. Una vez que nos habíamos pronunciado, todo se terminaba, no oyendo durante aquellos ocho días una palabra grosera, ni vi turbado nuestro reposo por el ruido de una disputa. ¡Don Ramón tenía cogidos a todos aquellos seres por la esperanza de un sitio en el soportal mayor, en espera del que les estaba reservado a la diestra de Dios Nuestro Señor!

Empleaba las mañanas mendigando en la catedral, pareciéndome esto la cosa más divertida del mundo, pues em-

pezaba a conocer a los fieles y sus manías, y a mi vez me dedicaba a murmurar de ellos, una vez terminada mi labor.

Por la tarde, y tendido en mi camastro, me dedicaba a leer las novelas de Cervantes en español, con el fin de imponerme en aquel hermoso idioma.

Hacia las seis ibame con don Ramón a tomar el aperitivo en una taberna de la ciudad vieja, en donde éste tenía la seguridad de encontrarse con clientes arruinados por la lotería, a los que ayudaba mediante la firma de un recibo en regla, como era justo...

Después regresábamos a casa, en donde Potaje, que era el cocinero de don Ramón, nos preparaba un guisote de pescado, que siempre comíamos con excelente apetito. Por la noche pasábamos una hora en un café cantante, en las últimas filas, cierto, pero desde las cuales metíamos tanto ruido como los demás aplaudiendo y gritando «¡Ole! ¡Ole!» y pidiendo «¡Fandango! ¡Fandango!».

Regresábamos a casa terminado el espectáculo. Don Ramón se encerraba en su cuartito, bien fuera para dormir o para poner su contabilidad al día, mientras yo escuchaba las historias de Potaje, que eran las más bellas de España después de las de Cervantes.

Tenía Potaje quince años, y en mi vida he visto un ser tan listo y despierto como aquel lisiado. A decir verdad, no era lisiado: sólo tenía los miembros ligeramente deformados; pero no sé podría decir con certeza si aquella deformidad había cambiado a Potaje en un animalillo humano, necesitado para desplazarse de una carretilla con ruedas y de la ayuda de unos patines para las manos, o si aquella deformación la había motivado el género de existencia por él adoptado y que le obligaba a embutir sus piernas durante largas horas en aquel reducido vehículo.

Don Ramón no hubiera podido instruirme a este respecto, pues no recordaba haber visto a Potaje en público más que metido en su carretilla. Habíale adoptado don Ramón a la muerte de sus padres, los que hicieron de Potaje, des-

de su más temprana edad, un objeto de lástima y compasión para las almas caritativas. La adopción de don Ramón obedeció, en primer lugar, a la pena que le hubiera causado dejar que un pobre huérfano con un tan brillante porvenir como Potaje tenía, se echara a perder con las malas compañías, y, por otra parte, porque, según parece, un lisiado a la puerta de una iglesia produce excelentes ganancias.

Para excitar la piedad nacional de sus conciudadanos contaba Potaje, en el momento de tender su mano, que se veía en aquel estado a causa de una operación, motivada por un accidente que le había acaecido en una corrida de toros.

Potaje acabó por creer en aquella historia por él mismo inventada, y no cesaba de contarla a todos los que la querían oír, adornándola con detalles heroicos. Yo la escuchaba sin fatigarme, lo que le incitaba a exagerarla, causándome estupor su imaginación, al mismo tiempo que me hacía penetrar en el mundo encantado de las plazas y de los toreros.

El padre de Potaje había sido picador, esto es, un pobre diablo que, montado en un caballo con las tripas al aire, estaba destinado a recibir cornadas; lo que no dejó de ocurrir, viéndose por ese motivo obligado Potaje padre a cambiar de cofradía con toda su familia. ¡Pero qué gloria, qué aureola para los mendigos de Santander, adonde fué a parar, refugiándose en las cuadradas de don Ramón!

Hereditario de una raza tan ilustre, no se cansaba Potaje de narrar los altos hechos paternos y los suyos propios.

Siendo muy pequeño, según él afirmaba, había organizado muchas corridas de aficionados en los pueblos, constituyendo grandes triunfos para él, hasta el punto de que esperaba recibir en un día no lejano la alternativa en la plaza de Madrid, lo que significaba para él el poder alternar en todas las plazas con los matadores de cartel.

Una carrera tan brillante fué interrumpida por una mala

cornada de un verdadero *toro de muerte* (1), un monstruo que hubiera hecho retroceder atemorizadas a todas las cuadrillas de España, pero que no consiguió infundir el menor miedo a Potaje. Desgraciadamente, éste se había detenido más de lo justo en hacerle cosquillas al monstruo en la barbilla—esto lo decía bromeando—y el toro le había lanzado, con las afiladas puntas de sus cuernos, hasta las nubes, de donde descendió Potaje lisiado.

¡Había que ver a Potaje cuando contaba esto! Metido en su carretilla, iba de un lado a otro, de derecha a izquierda, mimando la corrida, capeando, estoqueando al toro, ejecutando increíbles piruetas con su carretilla, verdaderos saltos mortales, cayendo siempre sobre sus ruedas y patines.

Nos hicimos grandes amigos, no teniendo ocasión de arrepentirme más tarde de aquella amistad.

Vivía yo, pues, como el más feliz de los hombres, persuadido de que me creían muerto y que, en consecuencia, mis peores enemigos habrían dejado de perseguirme, así como a mi familia. Seguro de que dejarían tranquila a mi pobre madre, estaba decidido a prolongar hasta el fin de las hostilidades una existencia por la que, después de todas las tribulaciones pasadas, iba tomando cada vez mayor gusto.

La misma imagen de Amalia se atenuaba poco a poco en mi memoria, si no en mi corazón, en donde la hallaba siempre viva cuando a él acudía en su busca.

Desligado y olvidado del mundo, *sordo-mudo*, no leyendo ni los periódicos, cantaba como Potaje ¡ole! ¡ole!, encontrando la vida hermosa y digna de ser vivida...

¡Ay de mí! Aquella felicidad no debía durar...

Una noche que regresaba a casa para cenar, hallé a Potaje dándole la última mano a una succulenta *caldereta* (2),

(1) En español en el original.

(2) *Sic*: guiso de cordero.

que embalsamaba con su apetitoso aroma todo el granero. Al verme me dijo:

—Hay cartas para usted, *señor*.

—¿Que hay cartas para mí?—pregunté, muy sorprendido por aquel ceremonioso *señor* con que me trataba Potaje.

—¡Sí, señor!—insistió, señalándome un gran sobre cerrado y sellado con lacre negro.

Me abalancé sobre él y leí: «*Para el señor Herbert de Renich*».

—¡Misericordia divina! ¿Quién ha traído esto?—gemí.

—El mismo don Ramón—contestó Potaje, removiendo con la cuchara de madera el aromático caldo de la *caldereta*.

—¿Y quién le ha dicho a ese don Ramón que yo me llamo Herbert de Renich?

—¡Don Ramón lo sabe todo!—contestó Potaje, probando el guisote.

Me puse a temblar como un azogado.

El sobre era grandísimo y pesado, ¡qué pesado!... Le contemplaba sin poder resolverme a abrirlo. Examiné los lacres, en los que las cifras estaban tan bien mezcladas con dibujos más o menos góticos, que no pude distinguir ni una sola letra con claridad.

Por fin me decidí, y rompiendo los lacres lo abrí.

En el interior de aquel sobre había otro, igualmente lacrado, en el que leí, con el terror fácilmente imaginable, estas palabras: «*A entregar, en propias manos, al capitán Hyx*».

¡Ay, madre mía! ¡Ay, Virgen santa! ¡Ay, Dios mío! ¿Era aquello posible? ¡Se me encargaba a mí, ¡a mí mismo!, de llevar aquella carta al capitán Hyx en el preciso momento en que le sabía animado de la más terrible cólera contra mí y cuando yo esperaba no volverle a ver en mi vida!...

¿Y quién se atrevía a darme un encargo de aquella naturaleza?

No sabiendo ya lo que hacía, hosco, miré a todos lados

con cara de loco y vi a Potaje que, con la mayor tranquilidad, me señalaba una hoja escapada del sobre abierto por mí, caída a mis pies.

La recogí y vi que decía lo siguiente:

Mi querido señor Herbert:

Es muy posible que halle usted al capitán Hyx en las islas Ctes. En todo caso, sólo allí podrán decirle lo que usted debe hacer para verle. El encargo es urgentísimo. Es necesario, pues, que esta carta le sea entregada en propias manos, y precisamente por usted, antes de ocho días.

Salúdale

VON TREISCHKE.

P. D.—Tengo el placer de comunicarle que don Ramón tiene encargo de entregar a usted 5.000 marcos que presto a usted en el caso de que careciera de dinero.

Me dejé caer cuan largo era en mi camastro. ¡Ah! ¡Bien sabían esas gentes que no podía negarme a nada desde que habían tomado a mi madre bajo su maldita protección. Estaba como herido por un rayo. Fué inútil cuanto hizo el buen Potaje para que comiera su excelente *caldereta* con el fin de reanimarme. Había perdido el apetito, y para mucho tiempo.

Cuando pude hablar le pregunté:

—Pero ¿cómo han sabido los boches que me ocultaba aquí?

—¡Bah!—me contestó el buen Potaje sonriendo—. Usted es el único en ignorar aquí que don Ramón cobra de la Wilhelmstrasse...

ME puse a llorar como un niño y Potaje me consolaba como un hermano mayor.

—Bien sabía yo que era usted un caballero. Un mal letrado colgado al cuello de un hombre no basta para ocultar todas las cualidades de educación y del alma. Cuando vi a usted entre las manos de don Ramón, me dije que debía usted haber cometido algún hermoso crimen de amor o de justa venganza, y le compadecí, pues pensé que tarde o temprano le vendería a usted don Ramón, que es un avaricioso, por algunas monedas. Pero desde el momento que se trata de los boches no se le puede censurar, pues si usted era buscado por ellos, don Ramón no ha hecho más que cumplir con su deber, puesto que desde hace mucho tiempo es un empleado de sus servicios de espionaje. En cuanto a mí, que de nadie cobro y que paso el tiempo dándole *mi* dinero a don Ramón, le confieso sinceramente que estoy asqueado de la vida que llevo, y si usted quiere llevarme consigo, le doy mi palabra de seguirle como un perro fiel, dispuesto a servirle y a morir por su amo si necesario fuera.

Le miré con tristeza, intentando disuadirle de tal proyecto.